

pareciese como una merecida expiacion de las muchas veces que él habia quebrantado los mas formales pactos y las mas solemnes palabras empeñadas con el emperador, recordándose su proceder despues de los tratados de Madrid y de Cambray. Todo el mundo veia como inevitable y consideraba inminente otro rompimiento entre los dos soberanos, tal vez mas sério y costoso que los anteriores; muchas, cuando se vió que en la cuestion de Venecia y Turquía andaban tambien desacordes el francés y el español, aunque habian aparentado querer marchar acordes y enviar una embajada en el mismo sentido.

Permaneció el emperador algunos meses en Gante afirmando su autoridad, asentando el gobierno de aquel señorío, y visitando al mismo efecto las islas de Holanda y Zelanda. Molestábanle alli con frecuentes demandas, y aun atrevidas exigencias los protestantes alemanes. Carlos se negó á darles audiencia, enviándoles á decir que ni los amenazaba con la guerra, ni les aseguraba la paz, y por último, que acudiesen á Worms, donde pensaba tener dieta, y alli verian lo que debian hacer y observar.

Condúcenos esto naturalmente á examinar el estado en que se hallaba á este tiempo la gran cuestion de la reforma religiosa.

CAPITULO XXIII.

PROGRESOS DE LA REFORMA.

INSTITUCION DE LOS JESUITAS.

1534.—1544.

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden.—Sus desvarios y escesos.—Coronacion del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridículo reinado.—Disgustos que estas sectas producian á Lutero.—Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El papa, Carlos V., los protestantes.—Refuerzo que recibien los luteranos.—Fundacion de la Compañía de Jesus.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viages á la Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III para la institucion de los jesuitas.—Organizacion de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestion religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decision de la Dieta.—Lenidad y condescendencia de Carlos V. con los protestantes.—Sus causas.—Revolucion en Hungría.—El sultán.—Viage del emperador á Roma, y su conferencia con el papa.—Prepárase Carlos V. para otra nueva empresa.

Sustituido por la doctrina de Lutero el espíritu de exámen á las creencias, y sometido el dogma y la

autoridad á la razon, necesariamente habian de surgir de la reforma misma opiniones estravagantes y sistemas absurdos, y hasta ridículos desvaríos, especialmente de parte de aquellos hombres en quienes á la falta de ilustracion y de buen criterio se unia la ambicion y la osadía, y una imaginacion viva y exaltada. Tales fueron varias de las sectas religiosas que muy pronto nacieron del luteranismo, con harto sentimiento y mortificacion del autor mismo de la reforma. Tal fué la predicacion de Muncer, que produjo la sangrienta guerra de los campesinos en la alta Alemania, de que dejamos hecho mérito ⁽¹⁾; y tales fueron las alérraciones de los anabaptistas, y los escándalos que poco tiempo despues dieron estos sectarios en Westfalia y los Países Bajos ⁽²⁾. De este singular episodio de la historia del protestantismo necesitamos decir algunas palabras.

Dos fanáticos artesanos, un panadero y un sastre, Juan Matías de Harlem y Juan Beükels de Leyden, á quienes no faltaba cierto ingenio y gran travesura, suponiéndose alumbrados de espíritu profético, predicaban con fervor el anabaptismo en la ciudad im-

(1) Véase nuestro cap. XVI. del presente libro.

(2) Llamábanse *anabaptistas* ó *rebaptizadores*, porque uno de sus principios era, que no debiendo administrarse el bautismo á los párvulos, sino á las personas adultas, los que le habian recibido en la infancia necesitaban rebauti-

zarse. A esto añadian lo de la igualdad y comunidad de bienes, la pluralidad de mugeres, la abolicion de todo distintivo de nacimiento y de clase, la supresion de toda magistratura como innecesaria, y otras semejantes máximas que habian proclamado ya los labriegos alemanes.

perial y episcopal de Munster, donde llegaron á hacer no pocos prosélitos; de tal manera, que habiendo convocado secretamente á todos los sectarios de su doctrina esparcidos por la Holanda, la Frisia y varias comarcas de Westfalia, salieron un día dando feroces gritos con las espadas desnudas por las calles de la ciudad, aterraron y ahuyentaron al obispo y los magistrados, y quedaron dueños y señores de la poblacion. Saquearon templos, quemaron libros, confiscaron bienes, castigaron de muerte á los que no les obedecian, nombraron sus cónsules y senadores, mandaron que todos los vecinos presentáran sus riquezas y alhajas, hicieron de ellas un fondo común, establecieron la igualdad absoluta entre todos los ciudadanos, pusieron mesas públicas en que comian todos los mismos manjares é igual número de platos, se prepararon á defender la ciudad, que ellos llamaban la Montaña de Sion, porque era, decian, el lugar señalado por Dios en este mundo para los escogidos, y el entusiasmado apóstol Juan Matías despachó una fer vorosa convocatoria en nombre de Dios á todos los anabaptistas de Alemania y de Flandes para que fuesen á defender la celestial Jerusalem, y á ayudarle despues á conquistar las naciones de la tierra (1534).

El obispo de Munster ⁽¹⁾, que habia reunido un re-

(1) Nuestro Sandoval llama á Munster *Monasterio*. No es fácil conocer por el historiador español los lugares en que pasaron es-

tos sucesos, ni los personajes que en ellos figuraron, pues tan desfigurada trae la nomenclatura geográfica como la personal.

gular ejército, se acercó á la ciudad; pero habiendo salido á su encuentro los reformadores con toda la furia del mas loco fanatismo, arrollaron su gente, mataron muchos católicos, y volvieron á la ciudad frenéticos de alegría. Embriagado Juan Matías con este triunfo, empuñó su lanza, proclamó que estaba resuelto á esterminar los impíos, seguro de la ayuda de Dios, invitó á los que quisieran seguirle, y acompañado de unos treinta escogidos acometió el campo del obispo. Esta vez el nuevo Gedeon, á quien sus prosélitos creían invencible, manifestó que no le habia hecho Dios invulnerable, pues pereció con sus treinta compañeros, cosa que asombró y consternó á los creyentes de Munster.

Sucedióle en el mando el otro profeta, el sastre Juan de Leyden, no menos fanático que él y mas ambicioso todavía; el cual se presentó un dia desnudo y en cueros ante el pueblo, gritando: «*El rey de Sion está aqui.*» Supúsose inspirado por Dios, y el pueblo se dejó arrastrar de él, creyendo todas sus estravagancias. En su sistema de abatir todo lo que encontraba ensalzado en la tierra, hizo derribar las iglesias hasta sus cimientos, y para mostrar á sus sectarios hasta dónde debia llegar la igualdad entre ellos, destinó al que su antecesor habia nombrado cónsul, á ejercer el oficio de verdugo, que él aceptó sin replicar. El nuevo gefe de aquella república nombró para el gobierno de ella doce jueces, á semejan-

za de las doce tribus del pueblo hebreo, y él se reservó la autoridad de Moisés. No contento con esto, el humilde apóstol aspiró á obtener el título de rey, porque tal era, decia, la voluntad de Dios, que así se lo habia revelado. Una noche dió una gran cena á todo el pueblo, y acabada que fué, se presentó vestido con una ropa talar de seda negra, corona de oro en la cabeza, en la mano derecha un cetro tambien de oro, y al cuello una cadena de lo mismo, de que pendia un globo, símbolo del mundo, atravesado con dos espadas. Declarada al pueblo la voluntad de Dios, el pueblo le aclamó su rey, y Juan de Leyden pasó del banquillo de sastre al sόllo régio. El nuevo rey-sacerdote se sentó en un estrado, y dió pan y vino á todo el pueblo, pronunciando y profanando impiamente las palabras de la consagracion.

El sastre-rey proclamó que el matrimonio con una sola muger era una tiranía impuesta á la naturaleza humana; estendió á esta materia su sistema de comunismo; encargó á sus doctores que predicáran que cada hombre podia desposarse con cuantas mugeres quisiera, y él se apresuró á dar ejemplo de esta libertad cristiana, tomando hasta catorce mugeres, entre ellas la viuda de su antecesor Juan Matías, jóven y hermosa, que era la predilecta y la que gozaba el título de reina. A la libertad matrimonial siguió la libertad de divorcio, como una natural consecuencia. Las historias han dejado consignado, y aun-

que así no fuera, la simple razón alcanzaría hasta qué punto llegaría la corrupción, la licencia, el libertinaje, la disolución y el desenfreno, en un pueblo por tal rey, con tal gobierno y tales leyes y doctrinas regido; y las particularidades que de tal inmoralidad cuentan los escritores de aquel tiempo ofenden tanto al pudor, que no caeremos en la tentación de estamparlas (1).

Lutero mismo reprobaba todos estos excesos y demasías, y una de las cosas que le daban más melancolía y pesadumbre era ver la multitud de sectas en que tan pronto se había fraccionado la reforma, desfigurando su primitiva doctrina y sin contar con el reformador. Mas en cuanto á lo primero, no podía por cierto citarse él mismo como modelo de moralidad; y en cuanto á lo segundo, ¿no era él quien había proclamado el libre examen? ¿y podía prometerse ni pretender que en el ejercicio de esta libertad hubieran de uniformarse todas las opiniones á la suya, ó ejercer en la ideas un magisterio y una autoridad que él negaba al dogma?

Escenas tan repugnantes á la razón y á la sociedad humana no podían ser toleradas mucho tiempo.

(1) *Nec intra paucos dies, dice uno de ellos, in tanta hominum turba, fere ulla reperta est supra annum 44, que stuprum passa non fuerit.* Lambert. Hortens.—*Nemo uná contentus fuit, neque cuiquam extra effatas et viris in-*

maturas continenti esse licuit.—Tacebo hic (dice otro), ut sit suis honor auribus, quantá barbarie et malitiá usi sunt in puellis vi-tiandis nondum aptis matrimonio, etc. Joh. Corv.

Los príncipes del imperio, bajo la dirección del rey don Fernando en ausencia del emperador, se armaron para dar socorro al obispo de Munster, el cual, bloqueando primeramente la ciudad y sitiándola después por espacio de quince meses, reduciendo á los sitiados al hambre más espantosa, sin que viniera en su auxilio el brazo poderoso de Dios que cada día les prometía el rey profeta (1), tomó por asalto aquella nueva Sodoma (25 de setiembre, 1535), y después de degollar sus tropas á los que intentaron hacer todavía en la plaza del mercado una resistencia desesperada, los que quedaron vivos fueron hechos prisioneros y condenados á tormentos y suplicios horribles. Cogido también el burlesco rey de Sion, el antiguo sastre de Leyden, fué paseado de ciudad en ciudad y espuesto al escarnio y ludibrio público; volvió luego á Munster, teatro de su ridículo encumbramiento y de sus obscenidades, y allí le dieron refinados tormentos hasta acabarle la vida. El fanático lo sufrió todo con una firmeza y resignación imperturbable. Con él acabó el breve reinado, pero no la secta de los anabaptistas, que había echado hondas raíces

(1) Durante el sitio se condenaba á muerte á todo el que indujera sospechas de querer rendirse al enemigo, como reo de impiedad. Una de las mugeres de Juan de Leyden habló con poca fé acerca de la misión sobrenatural del rey su esposo: éste la degolló por su mano haciendo que lo presencia-

ran todas las mugeres: lejos de aterrarlas tan atroz espectáculo pusieron á bailar en corro unidas con su marido en derredor del ensangrentado cadáver. Tan desnudo de sentimiento tenían el corazón aquellas bacantes de la reforma.—Robertson, Hist. de Carlos V., lib. V.

en aquellos dominios, y continuaron muchos profesándole, si bien fué con el tiempo degenerando y reduciéndose á principios y máximas mas decorosas y honestas (1).

Apesar de lo que tales desvaríos dañaban á la doctrina reformista, el protestantismo seguia cun- diendo y progresando, merced á los compromisos del emperador que le obligaban á ser indulgente con los confederados de Smalkalde, y á sus empresas de Africa y de Francia que le absorbían todo su pensamiento y le hacían poner todo su conato en mantener la tranquilidad de Alemania. El papa Paulo III, que habia sucedido á Clemente VII. (1535) se mostró desde luego mas dispuesto que su antecesor para celebrar un concilio general en que se resolviese la cuestion religiosa, como el emperador apetecia y habia diferentes veces propuesto. Y aunque los protestantes pedían con ahinco que se tuviera en Alemania, y los reyes de Francia y de Inglaterra no llevaban á bien que se celebrara en Italia, por el mayor influjo que allí habian de ejercer el papa y el emperador, firmó el pontífice en la resolución que desde el principio habia manifestado de designar para este objeto la ciudad de Mantua, espidió la bula convocatoria (2 de junio, 1536), señalando el 23 de mayo del año siguiente para la reunion en aquella

(1) Ottio, Anales de los Anabaptistas.—Sleid. Tumultum anabaptistarum, etc.—Sandoval, libro XX.—Robertson, lib. V.

ciudad, invitando á los prelados de todas las naciones á que concurriesen á la asamblea, y ordenando á todos los príncipes cristianos que la protegiesen con su poder y autoridad. Negáronse desde luego los protestantes á someterse á un concilio, convocado á nombre del pontífice en una ciudad aliada de la Santa Sede y distante de Alemania, y mas cuando en la bula de convocatoria se les calificaba ya de hereges; todo lo cual con otras muchas objeciones espresaron en un manifiesto. El papa tomó este documento como un ataque y un insulto hecho á su autoridad, é insistió en la primera determinacion. Dificultades que puso el duque de Mántua retardaron la reunion é hicieron se variase tambien el lugar, aplazándola para el 4.º de mayo del año siguiente (1538) en Vicenza. Tampoco en este dia ni en este punto pudo realizarse, porque vivas todavía las contiendas entre Carlos V. y Francisco I., ni uno ni otro permitieron á sus súbditos asistir al concilio, y como no compareciese prelado alguno, el pontífice para no comprometer mas su autoridad, le aplazó indefinidamente y se dedicó á reformar varios abusos y á curar los males de la Iglesia y de la córte romana, bien que les pareciese á los protestantes que no desplegabá toda la energía que aquellos reclamaban.

Protestantes y católicos se apercibían ya en este tiempo como á sostener una gran lucha y darse una batalla. Aquellos robustecían su confederacion ha-

ciendo entrar en ella nuevos miembros, entre los cuales fué uno, y no poco importante, el rey de Dinamarca. Estos, á instancia de un enviado del emperador á Alemania, el vicecanciller Heldo, formaban tambien una Liga Santa en oposicion á la de Smalkalde; y aunque no aprobó este paso Carlos V., porque empeñado en la guerra de Francia (1538) tenia interés en que no se turbara la paz del imperio, los protestantes, siempre recelosos, no se descuidaban en halagar á los reyes de Francia y de Inglaterra, y en contar y preparar las fuerzas con que en un caso habia de contribuir cada miembro de la liga. Fueron todavía más adelante, y en una reunion que celebraron en Francfort (abril, 1539), lograron que les prorogaran las concesiones de la dieta de Nuremberg, que la cámara imperial suspendiera toda actuacion contra ellos, y que un determinado número de teólogos de ambos partidos se reuniria á discutir y preparar los artículos de reconciliacion que habian de proponerse en la próxima dieta, con no poco disgusto de la Santa Sede, que veia en esto lastimados los derechos de la autoridad pontificia.

Un acontecimiento propicio á los protestantes vino á poco tiempo á dar un gran refuerzo á su partido. Murió el duque de Sajonia, enemigo declarado y fervoroso de Lutero y la reforma, y por falta de sucesion recayó la posesion de aquel vasto ducado en su hermano Enrique, apasionado y fogoso reformista.

Aunque el difunto duque habia dejado prevenido en su testamento que si su hermano intentase variar el culto religioso en sus dominios, estos pasáran al emperador y al rey de Romanos, Enrique anuló la cláusula del testamento, y auxiliado de Lutero y de otros apóstoles de la reforma reunidos en Leipsick, abolió el culto católico, y estableció en sus estados el ejercicio de la religion reformada, quedando así extendido casi desde el Báltico hasta el Rhin el protestantismo.

Mas si tan poderoso refuerzo recibieron los protestantes, otro no menos poderoso, aunque de muy diferente índole, iban á recibir los católicos. Contra los apóstoles de la reforma se levantaron nuevos apóstoles del catolicismo; á atajar el progreso de las novedades religiosas en el Norte de Europa acudia el Occidente de Europa resuelto á defender la antigua doctrina; contra el predicador alemán se alzaba un caballero español; al fraile agustino de Wirtemberg se oponia un militar de Guipúzcoa, y frente del soberbio Martin Lutero se oponia con humilde audacia Ignacio de Loyola, que por este tiempo fundaba su *Compañía de Jesus*, tan famosa despues en la cristiandad y en el mundo. Fuerza es dar algunas noticias de su fundador, y del modo como llegó á formar esta célebre institucion religiosa.

Hijo de una familia noble de Guipúzcoa, nació Ignacio en su casa paterna de Loyola en 1491. Dedi-